

Narrativas sobre la ciudad: entre el miedo y la fascinación

Narrativas sobre a cidade: entre o medo e o fascínio

Narratives on the city: between the fear and the fascination

*Jeana Laura da Cunha Santos*¹

Resumen *La autora se propone revelar un instante pionero de experimentación del paso de la casa a la calle, en el paso del siglo XIX para el siglo XX, mediante la narrativa de dos tipos benjaminianos: el “fisiólogo” y el “flâneur”. Más tarde, le cabría al cronista y al periodista documentar la ciudad, sus tipos, hábitos, costumbres, noticias. Este paso de la casa a la calle se produjo con una mezcla de miedo y fascinación, registrada en la perspectiva original de estos escribas, que darían a conocer a través de sus textos algunas percepciones nuevas en el imaginario de la época.*

Palabras-clave: *Historia del Periodismo; Literatura; Narrativa urbana*

Resumo *A autora propõe-se a trazer à tona um instante pioneiro de experimentação da passagem da casa à rua, na virada do século XIX para o século XX, através da narrativa de dois tipos benjaminianos: o “fisiologista” e o “flâneur”. Mais tarde, seria a vez de o cronista e o jornalista documentarem a cidade, seus tipos, hábitos, costumes, notícias. Tal passagem da casa à rua deu-se com um misto de medo e fascínio, registrada na perspectiva original de tais escribas, que elucidariam, através de seus textos, algumas percepções novas no imaginário da época.*

Palavras-chave: *História do Jornalismo; Literatura; Narrativa urbana*

¹ Doctora en Literatura y posdoctora en Antropología Social por la Universidad Federal de Santa Catarina – UFSC, Florianópolis, SC, Brasil. E-mail: jeanasantos@terra.com.br.

Abstract *The author proposes to bring up a pioneer instant of experimentation of the passage from the house to the street, in the turn of the XIX century to the XX century, through the narrative of two benjaminian types: the “physiologist” and the “flâneur”. Later, it would be the time of the columnist and the journalist to register the city, its types, habits, customs, notices. Such passage from the house to the street took place with a compound of fear and allure, registered in the original perspective of such scribes who would elucidate, through its texts, some new perceptions in the imaginary of the time.*

Keywords: *History of the Journalism; Literature; Urban Narrative*

Fecha de envío: 18/5/2014

Fecha de aceptación: 18/7/2014

De la casa a la calle: la antipatía nos protege

Hubo un tiempo en que habitar las calles era algo nuevo y extraño al mismo tiempo, y el ciudadano que se aventurase a traspasar los límites de la casa lo hacía con una mezcla de miedo y encantamiento. De acuerdo con Benjamin (1994, p. 43), el miedo reflejaba en la actitud que la burguesía tenía de buscar una compensación por la desaparición de los vestigios de la vida privada en las grandes ciudades, apropiándose cada vez más de sus enseres y accesorios caseros, dejando su marca en los objetos, adornándolos, cubriéndolos, convirtiendo la casa en un reducto apropiado contra la amenaza de la pérdida de identidad.

Georg Simmel, en “Las grandes ciudades y la vida del espíritu” (1903), compara la subjetividad del habitante de la ciudad pequeña con la del habitante de la gran ciudad, concluyendo que la última estimula el carácter *blasé*, que es cuando las energías se acomodan a los contenidos y a la forma de vida en la ciudad grande, renunciando a reaccionar a ella. Según Simmel (2005), el habitante de la gran ciudad, expuesto a tantos estímulos nuevos (tránsito de vehículos, profusión de personas de los tipos más variados, etc.), y a la desconfianza ante lo desconocido que pasa fugazmente y que se conoce mal, adopta una actitud espiritual de reserva, de “embotamiento” ante las cosas y las personas.

En la medida en que la ciudad grande crea precisamente estas condiciones psicológicas –en cada salida a la calle, con la velocidad y las variedades de la vida económica, profesional y social–, propicia, ya en los fundamentos sensibles de la vida anímica, en el *quantum* de la consciencia que esta nos exige en virtud de nuestra organización como seres que operan distinciones, una oposición profunda en relación a la ciudad pequeña y a la vida en el campo, con un ritmo más lento y más habitual, que corre más uniformemente de su imagen sensible-espiritual de vida. Con eso se comprende sobre todo el carácter intelectualista de la vida anímica del habitante de la gran ciudad, frente al habitante de la ciudad pequeña, más basado en el ánimo y en las relaciones pautadas por el sentimiento (SIMMEL, 2005, p. 578).

Esa reserva asumiría varias facetas: indiferencia, aversión, extrañeza y hasta repulsa. Frente a los peligros de la ciudad grande, “la antipa-

DOSSIER

tía nos protege”; esta “realiza las distancias y los alejamientos” (SIMMEL, 2005, p. 583). Así, en la densa multitud de la ciudad grande, la proximidad corporal hace explícita la distancia espiritual. “[...] Nadie se siente tan solitario y abandonado en ningún lugar precisamente como entre la multitud de la gran ciudad” (SIMMEL, 2005, p. 585). Para el autor, lo que en un primer momento podría parecer “disociación” es, en realidad, una forma elemental de “socialización”, una vez que está reservada garantiza al individuo una cierta libertad personal, al mismo tiempo que también mantiene la vida social.

Según Simmel (2005, p. 588), si, por un lado, la vida se hace más fácil en la gran ciudad (la comodidad de las técnicas, del ocio, etc.), por otro, se compone cada vez más de contenidos y programas impersonales, hecho que llevaría al individuo al desafío de hacer valer la propia personalidad en las dimensiones de la vida en la gran ciudad. Así, para salvar lo que hay de más personal, se haría necesario exagerar las particularidades para que pudieran ser audibles incluso para el propio individuo. Las consecuencias de esa actitud serían las más “tendenciosas excentricidades”, las “extravagancias específicas de la gran ciudad”, para que el individuo consiguiera ser diferente, pudiera destacarse y ser percibido entre la multitud. Tales “extravagancias, como el exclusivismo, el esmero, el preciosismo, serían el único medio que el individuo tendría de resguardar alguna autoestima para sí” (SIMMEL, 2005, p. 587).

El filósofo alemán Walter Benjamin (1994) también profundizaría el asunto en el libro *Baudelaire: un poeta en el esplendor del capitalismo*, escrito en 1939. En este libro, registra la salida del individuo de la casa burguesa para aventurarse en las calles de París de mediados del siglo XIX en adelante. Benjamin trascendería la perspectiva de Simmel: más que contraponer el espíritu del habitante de la ciudad pequeña al de la ciudad grande, buscaría descifrar esa última a partir de la poética de quien la ve desde dentro. Rescató, entonces, en algunos escritores del período, sobre todo en Baudelaire, la experiencia de transponer los límites no ya del campo, sino de la casa burguesa, en dirección al corazón de una calle cada vez más efervescente. De acuerdo con Benjamin, el antiguo sentimiento romántico de paisaje se convierte ahora en paisaje urbano, y los

parisinos empiezan a transformar las calles en interiores. La ciudad y la multitud como tema se imponen a varios literatos del siglo XIX: Charles Baudelaire, Edgar A. Poe, Victor Hugo, Marcel Proust. Muchos de esos escritores aspiraban simbólicamente a la conquista de la calle.

Como se ve, la calle se convierte, entonces, tanto en el elemento que amenaza como en la musa que seduce. Si el término “afectividad” designa la experiencia que el ser humano tiene frente determinadas vivencias que suceden tanto en el mundo exterior como en sí mismo, agradables o desagradables, podríamos decir que la relación con la ciudad se desarrolla en esta doble mirada. Cabe aquí, en este artículo, desvelar en las narrativas pioneras sobre la ciudad un campo válido de afectos y experiencias incrustadas en los estratos del tiempo tal como distingue el “geólogo los estratos de roca” (BENJAMIN, 1994, p. 37).

El fisiólogo de París: el arte de hacer lo extraño familiar

Si los primeros habitantes de la ciudad iban a la calle con desconfianza, no pasaría mucho tiempo para que el miedo diese paso al deseo de frecuentarla, mezclándose cada vez más a la masa que circula por ella. “Esta (la masa) yace como un velo delante del *flâneur*: es la última droga del ser aislado. [...] borra todos los vestigios del individuo: es el más nuevo asilo del proscrito” (BENJAMIN, 1994, p. 224).

Justo los vestigios de identidad que, según Benjamin (1994, p. 43), la burguesía tanto intentaba preservar, confinándose en el interior de la casa, apropiándose cada vez más de sus enseres y accesorios caseros, dejando su marca en los objetos, adornándolos, cubriéndolos. Conforme el autor, la burguesía se esmeraría en producir cubiertas y estuches para chancas, relojes de bolsillo, termómetros, cubiertos y paraguas. Para Martín-Barbero (2009, p. 78), “el *interior* se refugia en la vivienda, un interior que mantiene al burgués en sus ilusiones de poder conservar para sí, como parte de sí, el pasado y la lejanía, las dos formas del distanciamiento. De ahí que sea en el interior donde el burgués dará asilo al arte, y que sea en él donde trate de conservar sus huellas”.

Sin embargo, en contra de los esfuerzos de quien se veía amenazado por la ciudad, algunos se entregarían sin reservas a ella.

Único campo válido de la experiencia moderna, la ciudad es el cuerpo donde se inscriben emociones y pasiones, experiencias intransmisibles y singulares que el poeta-alegorista canta. La ciudad es un mundo en miniatura –*mónada* de la modernidad, y como toda *mónada* benjaminiana es cristalización de tensiones: paso de un espacio fluctuante entre el interior y el exterior de los *Pasos*, lo real y lo irreal, la desvalorización mercantil de todo y la nueva aura de lo imprevisto (MATOS, 1989, p. 72).

La relación con la ciudad solo podría darse, entonces, en ese doble sentido: extrañamiento y malestar, por un lado; acogida y fascinación por otro. Por un lado, los gestos son maquínicos, la mirada pierde la capacidad de mirar, “las personas se comportan como si solo pudieran expresarse de modo reflejo” (BENJAMIN, 1994, p. 50), tal como la multitud descrita por Poe. Sin embargo, por otro lado, el individuo desalojado de la casa que ya no le proporciona bienestar, encuentra el refugio en la multitud que lo acoge. La ciudad pasa, así, a fascinar y adquiere alma. “La calle tiene alma”, diría João do Rio en *A alma encantadora das ruas* (2011). La ciudad embriaga, diría Benjamin.

Una embriaguez se apodera de aquél que caminó largo tiempo sin rumbo por las calles. A cada paso su marcha cobra una potencia creciente; se hace siempre menor la seducción de las tiendas, bistrós, de las mujeres sonrientes, y siempre más irresistible el magnetismo de la próxima esquina, de un volumen de follaje a lo lejos, de un nombre de calle (BENJAMIN, 1994, p. 186).

Habitar la ciudad, recorrerla y traducirla era el desafío que se proponía. De ahí la importancia de la “literatura panorámica”, que tuvo su auge en el siglo XIX, en París. Conforme Benjamin (1994, p. 33), dentro de este género existían los fascículos en formato de bolsillo llamados “fisiologías”, que se ocupaban de la descripción de tipos humanos que circulaban por las ferias de París, desde el vendedor ambulante hasta el hombre elegante que frecuentaba la ópera. Más tarde, se dedicarían a la consagración de la ciudad, perfilando sus calles, sus panoramas (*París*

por la Noche, París a la Mesa, París a Caballo) y sus costumbres (*Fisiología del Matrimonio, Fisiología del Gusto, Le diable a París...*).

A partir de las fisiologías, la vida pequeño-burguesa –con sus tipos, hábitos, costumbres, ocios, profesiones– era pasada en revistas. El objetivo de las fisiologías era ablandar el malestar de la vivencia en la gran ciudad y, por eso, esta necesitaba ser leve e inofensiva, una vez que la multitud asustaba por su impersonalidad, la vida era cada vez más pública, y el vecino, siempre amenazador. Ante esta inquietud, era importante dar una imagen amistosa a unas personas de las otras, y cabe a los fisiólogos, entonces, conocer y catalogar la naturaleza humana, adivinando la profesión, el carácter, el origen y el modo de vida de los transeúntes (BENJAMIN, 1994, p. 36). Al hacer esto, “entonces la vida en la gran ciudad no sería ni de lejos tan inquietante como probablemente parecía a cada uno” (BENJAMIN, 1994, p. 37).

Pero, de acuerdo con el estudio de Benjamin, los fisiólogos serían rápidamente superados, y “a la literatura que se atenía a los aspectos inquietadores y amenazadores de la vida urbana le estaba reservado un gran futuro” (BENJAMIN, 1994, p. 38). Esta literatura que surgió después tendría que ver con las masas, pero actuaría de forma diferente a de las fisiologías. A esta no le importaría tanto la determinación de tipos, sino hasta qué punto un tipo puede esconderse en la masa de la gran ciudad: “En tiempos de terror, cuando cada cual tiene en sí algo de conspirador, el papel del detective puede también ser ejercido” (BENJAMIN, 1994, p. 38). He ahí el origen de la novela policiaca.

La novela policiaca y la corriente realista: el arte de hacer lo familiar extraño

Para Benjamin (1994), la novela policiaca también colabora en la fantasmagoría de la vida parisiense. No glorifica al delincuente, pero sí el terreno donde se desarrolla la caza: la ciudad. Algunos ejemplos: *Los mohicanos de París* (Alejandro Dumas), *Los misterios de París* (Eugène Sue), *Los crímenes de la Calle Morgue* (Poe), *La carta robada* (Poe), *El hombre en la multitud* (Poe).

El contenido de la novela policiaca sería la supresión de los vestigios del individuo en la multitud de la gran ciudad y el aprovechamiento de informaciones periodísticas en el descubrimiento de crímenes. “Un hombre se hace tanto más sospechoso en la masa cuanto más difícil resulta encontrarlo” (BENJAMIN, 1994, p. 45). Esencial para tal fantasmagoría fue la aparición de la luz de gas: “El fenómeno de la calle como interior [...] es difícil de separar de la iluminación de gas” (BENJAMIN, 1994, p. 47). Surge el noctambulismo, que es la actitud de vagar por la noche sin rumbo cierto. En el cuento de Poe, “El hombre en la multitud”, podemos acompañar la importancia de esa luz en la fantasmagoría de la ciudad y en los rostros de los transeúntes.

[...] la luz de los alumbrados de gas, débil en un primer momento, en su lucha contra el día agonizante, había finalmente conquistado ascendencia, poniendo en las cosas un brillo trémulo y vistoso. Todo era negro pero espléndido —como aquél ébano al cual ha sido comparado el estilo de Tertuliano. Los fantásticos efectos de luz me llevaron al examen de los rostros individuales y, aunque la rapidez con que el mundo iluminado desfilaba ante mi ventana me prohibiera lanzar más de que una mirada furtiva a cada rostro, me parecía, no obstante, que, en mi peculiar estado de espíritu, podía leer frecuentemente, incluso en el breve intervalo de una mirada, la historia de largos años (POE, s.d., p. 134).

Cuando surgió la luz eléctrica, muchos adeptos del género se lamentarían.

Otro género que emergió como una escritura de la ciudad fue la corriente realista, que recorrió la literatura occidental del siglo XIX y comienzos del XX. Según Ponte (2005, p. 43), esta literatura se yergue contra la vida idealizada del Clasicismo y del Romanticismo a través de la descripción como forma de representación de la realidad. Algunos autores: Honoré de Balzac, Gustave Flaubert, Émile Zola, Leon Tolstói, Henry James... Describiendo “la vida tal como es, estimulando la percepción del mundo real, de las crisis privadas escondidas en los secretos de los acogedores hogares burgueses a las crisis públicas que asolaban las ciudades y los poderes” (PONTE, 2005, p. 43), se acercarían al periodismo emergente del siglo XIX.

Entre el *flâneur* y el periodista: el cronista²

Sin embargo, antes de llegar al periodismo, necesitaríamos disecar un tipo que ha derivado del fisiólogo y que resultó en el periodista moderno: el *flâneur*. Al final, para Benjamin, la base social del periodismo es la *flânerie*, y ya se verá el porqué.

Este tipo tiene su origen también en el París del inicio del siglo XIX, cuando se construyen unas treinta galerías en la ciudad. Benjamin (1994, p. 35), que realizó un estudio sobre este tipo, describió las galerías como caminos cubiertos de cristales y revestidos de mármol que pasaban entre bloques de casas como si fuera un mundo em miniatura. Los más elegantes establecimientos comerciales se extendían a lo largo de esas vías, y por allí las personas podían pasear, mirar, comprar, en suma, flanear.

Al leer la crónica como una metáfora de la galería, diríamos de ella que es esta zona de contemplación del espacio urbano, que quita el pie del territorio doméstico del libro (la casa de la palabra) para aventurarse en el espacio callejero del periódico. La crónica personifica en la forma el descuartizamiento de los sentidos del habitante de la ciudad, que ve alterada su manera de mirar por el movimiento apresurado del paso, de los transportes públicos, de los escaparates, de los letreros, de los asuntos modernos que se producen en el núcleo de la calle. “Naturalmente, cansadas las piernas, me meto en el primer tranvía, que puede traerme a casa o a la Rua do Ouvidor, que es donde vivimos todos”, escribió Machado de Assis en *A Semana*, el día 2 de enero de 1889 (GLEDSON, 1996, p. 190).

Sin embargo, nadie había vivido más en la calle que João do Rio, considerado por muchos el primer reportero del periodismo brasileño. Además de haber perfilado las propias calles de Río de Janeiro con su pluma, describía los modos de vida de sus frequentadores, aquellos que de las aceras también hacían su hogar. Tipos parecidos a él mismo, que se decía un *flâneur*, un “peatón de la poesía de la observación”: “Fui un

² Este subtítulo recupera y actualiza algunas cuestiones ya tratadas por esta autora en el 10º Encontro Nacional de Pesquisadores em Jornalismo, realizado por la Associação Brasileira de Pesquisadores em Jornalismo (SBPJor), en 2012.

poco ese tipo complejo y, quizás por eso, cada calle es para mí un ser vivo e inmóvil” (JOÃO DO RIO, 2011, p. 33).

João do Rio, como *flâneur* y fisiólogo de la calle, documentaría las “pequeñas profesiones ignoradas”: el gitano, el trapero, el rotulista, el sellador, el cazador, el lector, el tatuador, el vendedor de oraciones, el mercader de libros, el pintor de la ciudad, el viejo cochero.

¡Oh! ¡Esas pequeñas profesiones ignoradas, que son partes integrantes del mecanismo de las grandes ciudades!

Río puede conocer muy bien la vida del burgués de Londres, las obras de París, la geografía de Manchuria y el patriotismo japonés. Pero, apuesto que no conoce ni a su propio plano, ni la vida de toda esa sociedad, de todos esos medios raros y exóticos, de todas las profesiones que constituyen el progreso, el dolor, la miseria de la vasta Babel que se transforma (JOÃO DO RIO, 2011, p. 60).

Interesante aquí constatar que el arte de describir tipos urbanos, así como hacían los fisiólogos en París o el propio João do Rio en el contexto brasileño, se ha convertido en un género periodístico que está presente en las páginas de los periódicos hasta hoy: el perfil. Conforme Vilas Boas (2003), se trata de una narrativa/descriptiva de corta duración, que se centra en el protagonista de una historia y que surgió a partir de 1930, cuando los periódicos y revistas se preocuparon de retratar figuras humanas. A fines de 1930, el periódico *New Yorker* contrató a Joseph Mitchell, que se hizo importante por perfilar, tal como João do Rio y sus “pequeñas profesiones ignoradas”, estibadores, indígenas, obreros, pescadores, agricultores... Aunque en la actualidad los perfiles se dirijan casi siempre a celebridades de los medios de comunicación, todavía existe quien rescata los tipos anónimos, buscando alguna grandeza en lo ordinario.

Así lo hizo Ricardo Kotscho (1986, p. 46) al describir “un viejo payaso”:

En un modesto cuarto de baño improvisado de camerino, seguía tranquilamente su ritual: de camiseta de malla y calzoncillos largos de encaje, va pintando el rostro con un cuidado de quien se prepara para el estreno. Después, se lava las manos, viste unos zapatones burlones, ya un poco gas-

tados, viste la camisa estampada de azul y verde, los pantalones de aros, se pone la corbata mariposa –una mariposa, literalmente– y arregla sobre las orejas su gran baza –un complicado ingenio acoplado a una jeringa, que dentro de poco lo hará llorar escandalosamente, rociando agua sobre los niños.

El arte de perfilar de Kotscho se acerca al acto sin pretensiones de João do Rio al traer a colación a los personajes brasileños que vivían al margen, como los “músicos ambulantes”:

¡Músicos ambulantes! Hubo un momento en el que todos desaparecieron, arrastrados por un súbito torbellino. Los cafés vivían sin las arpas clásicas y en las calles, de vez en cuando, un organillo aparecía. ¿Por qué? ¿Habrían sido absorbidos por los cafés-cantantes, dominados por los prodigios del gramófono –esa maravilla del siglo XIX, que no deja de ser una calamidad para el siglo XX? No. Fue solo una súbita pausa tan común en la circulación de las ciudades (JOÃO DO RIO, 2011, p. 111).

Es en la ciudad donde estos tipos viven. Es en la ciudad donde el cronista/periodista, en cuanto *flâneur*, busca el material para producir su crónica o perfil para, después, venderlos. Como hemos dicho antes, el propio Benjamin (1994, p. 225) declararía que “la base social de la *flanerie* es el periodismo. Es como *flâneur* que el literato se dirige al mercado para venderse”. Su fuerza de trabajo sería el tiempo que gasta en la contemplación de los bulevares. Las nuevas experiencias en la ciudad, su materia-prima. El espectáculo de la ciudad lo embriaga y lo convierte en mercancía para consumo de esta masa a través de las páginas sueltas del periódico.

La ciudad moderna y los nuevos medios de comunicación de masas ayudaron a cambiar la mirada estética de la contemplación para la distracción. La movilidad de la mirada y las oscilaciones entre inmersión y alejamiento ayudan a desarrollar una aptitud en la cual el paisaje urbano pasa a ser percibido como fragmentado y alegórico, al mismo tiempo en que la vida cotidiana sufre un proceso de estetización. La muy comentada naturaleza distraída de la experiencia moderna tiene, por tanto, su precursor en la mirada móvil del *do flâneur* (FEATHERSTONE, 2000, p. 195).

Una mirada que es, entonces, recuperada por el periodista.

Como se ve, tanto el fisiólogo y el *flâneur* como la forma pionera del periodista (el cronista) recorren la ciudad, dejándose imbuir por lo colectivo (“Las calles son la vivienda de lo colectivo”). Fueron ellos quienes, en su ansia por perfilar la vida ordinaria de las ciudades, transformaron los muros en escritorios y los quioscos de prensa en bibliotecas (BENJAMIN, 1994, p. 194).

Caminar por las calles de la ciudad moderna intentando documentarla es, así, tarea del fisiólogo, del *flâneur*, del cronista y del periodista. Estos desarrollarán aquello que Certeau definiría como una retórica del caminar, que sería similar al acto de hablar. “El acto de caminar es para el sistema urbano, como la enunciación (*spell act*) es para la lengua o para los enunciados proferidos” (CERTEAU, 1994, p. 177). Arantes (2000) también ve similitudes entre los pasos del caminante y la enunciación, una vez que ambos cosen puntos desconectados y aleatorios del paisaje, ordenando diferencias, construyendo sentidos.

De la misma forma, para Certeau (1994, p. 177-178), el caminante actualiza el orden espacial compuesto de posibilidades y prohibiciones. Transforma en otra cosa cada significante espacial, seleccionando, desplazando, desviando, actualizando los lugares, sus permisos y prohibiciones. “El paseo afirma, lanza sospechas, arriesga, transgrede, respeta, etc., las trayectorias que ‘dice’” (CERTEAU, 1994, p. 179), y no es posible, pues, reducirlo a su trazado gráfico. El paseo sería, entonces, un espacio de enunciación, lo que haría que el autor mirase paralelismos entre la enunciación lingüística y la enunciación pedestre. Tal enunciación crearía “algo discontinuo, sea efectuando selecciones en los significantes de la ‘lengua’ espacial, sea desplazándolos por el uso que hace de ellos” (CERTEAU, 1994, p. 178).

Featherstone (2000, p. 186), en el mismo sentido, señala que el *flâneur* no sería solo aquel que deambula por la ciudad. La *flanerie* sería un método de lectura para extraer sentidos de la ciudad y también un método de escritura, de construcción de los textos. Algo que Benjamin entendía muy bien, dado que no solo investigaba la ciudad, sino que la usaba también como principio organizador de su material: “El texto es

la ciudad” (FEATHERSTONE, 2000, p. 186). En *Calle de dirección única*, Benjamin llevaría esa premisa al extremo al montar el libro con una serie de aforismos que recuerdan las calles de una ciudad: “gasolinera”, “oculista”, “antigüedades”, “número 13”, etc.

Y si en París la literatura panorámica adquiriría estatus, en Brasil la crónica surgiría para aplacar los sentidos y configurarse como una escritura ágil, calcada en el modelo de fragmentación, dirigida ahora a las calles, sincronizada con los tiempos modernos.

De esta forma la ciudad pasa a ser recuperada por el cronista, que actúa como un *flâneur*. Y la crónica alegorizaría en su propia forma (fragmentada, efímera, distraída), y también en los asuntos que documenta, la experiencia moderna de quien ha superado el miedo para, por fin, conquistar la calle.

Y así fue como los fisiólogos, los *flâneurs*, los cronistas y los periodistas documentaron el significado y la esencia de la calle en la modernidad llevando la sugerencia de Machado de Assis al pie de la letra: “No nos avergoncemos de vivir en la calle; es mucho más fresco” (ASSIS *ápu*d PAIVA DE LUCA, 1998, p. 232).

Consideraciones finales

Si pensamos que la afectividad, el objeto principal de esa edición, proviene del latín *affectus*, que significa tocar, conmover el espíritu, este artículo ha intentado disecar el espíritu o la vida mental (conforme Simmel) y la experiencia (conforme Benjamin) de quien ha osado transponer los límites de la casa para aventurarse en la calle. Una calle que, si en un primer momento amenazaba y causaba desconfianza, empezó a encantar. No sin pasar por la pluma de los primeros escribas de la ciudad (primero el fisiólogo, después el *flâneur*), que asumirían nuevas configuraciones (con el cronista y después con el reportero) y serían incansables en el arte de perfilar tipos, tribus, hábitos, costumbres, modas, transportes, todo lo que se representa en el escenario multifacetado de las grandes ciudades.

Tanto los géneros pioneros, densos en ocasiones, como la poesía de Baudelaire, a veces frívolos como las fisiologías de París, como sus deri-

vaciones (la novela policiaca y la corriente realista que desembocarían en la noticia de *fait-divers* o en los perfiles periodísticos modernos) son tentativas de aplacar los riesgos y amenazas de la vida en las grandes ciudades, traduciéndolas, trayendo a la luz sus callejones y profundidades oscuras. Disecando la ciudad, haciendo una panorámica de su trazado, trayendo a la luz su cara oculta, estos “escribas de las cosas menudas” tal vez buscasen aplacar la amenaza suscrita en el territorio extranjero y familiar al mismo tiempo que es el espacio de la calle.

Si llegaron a conquistarla un día, tal vez esta vuelta, en la contemporaneidad, a no pertenecemos más. Volvemos, en el paso del siglo XX al XXI, a buscar refugio en el espacio intermedio del *shopping center*, la galería tardo-moderna, mundo controlado en miniatura. Contra la crónica de los bulevares, la crónica policiaca da salida a los hechos de una ciudad cuya violencia urbana no para de crecer. La noticia sensacionalista que disputaba el espacio de la opinión –y que quería ser un sucedáneo anestésico del miedo de las multitudes y del automatismo de las grandes ciudades– en los primeros periódicos, vuelve a figurar en la profusión de publicaciones sensacionalistas y en los programas de cuño policíaco dirigidos a las masas.

La utopía de la ciudad tomada y vencida da lugar a la desterritorialización.

La ciudad se vuelve policéntrica, pierde su centro único como referencia, y las periferias, ya multiplicadas, se agregan en una masa continua y circundante. Nuevo orden moldeado a la ciudad-pasillo, a las zonas de paso, a la liberación de los flujos, de personas, de coches, de negocios, de información de imágenes (SILVA, 2009, p. 105).

Una ciudad así vuelve a amenazar. Y el *reportero-flâneur* “se bate en retirada” y da lugar al gestor de la información en tiempo real, que acumula en sí todas las etapas de la producción periodística, y que ya no habita las calles, pero se recoge, asolado por el frenesí de lo instantáneo, en su despacho o en su casa. En el espacio domesticado de las cuatro paredes, recibe informaciones procedentes de los centros de decisiones por medio de los *releases* (textos enviados por los asesores de prensa), de los asuntos

preparados de las agencias de noticias, nacionales o internacionales, de las informaciones del ciberespacio, de bancos de datos, de redes sociales sin ser necesariamente testigo primordial de los acontecimientos.

Y aquí se unen los dos extremos, se median las dos fronteras temporales y espaciales de la escritura que se produce a partir de las calles y que vuelva a ellas. Si en un primer momento, este artículo se ha centrado en el encantamiento que tenían los tipos urbanos que empezaron a documentar las calles (el fisiólogo, el *flâneur* y el cronista), cabría ahora una investigación de su faceta agónica. Buscando entender la historia de ese encanto/desencanto, en la perspectiva de los periodistas antiguos y actuales, se busca entender una forma de imaginación humana común a quien escribe y también a quien lee.

El *periodista-flâneur* catalogaba los espacios y los tiempos de la ciudad partida y los entregaba en el texto partido de la crónica en las páginas también partidas del periódico. Ya el *periodista-multifunción* (el que hace todo: filma, dirige, ilumina, escribe, edita, bloguea, etc.), viviendo en una época de informaciones previsibles enviadas por los centros de poder a las redacciones, deshabita cada vez más la ciudad, se bate en retirada, revisitándola de modo ocasional.

Y así, desgraciadamente, el afecto que el *flâneur* nutría por la calle de comienzos del siglo XX cede lugar, en el siglo XXI, al miedo. La ciudad moderna, con su exceso de gente, congestionamientos de vehículos, violencia urbana, contaminación de los más variados tipos, se convierte nuevamente en la imagen que amenaza, que trae angustia e incertidumbre.

Este artículo ha propuesto, pues, mirar el periodismo tardomoderno más allá de su posible papel de medio de información y de formación de una opinión pública ilustrada. Ha pretendido buscarlo en su mirada inaugural sobre la metrópolis, sobre el espacio social compartido en la gran ciudad y los afectos y experiencias que de ese espacio han derivado. Abordar los medios de comunicación de masas es hacer un análisis del periodista (antes el *flâneur*, hoy el reportero) y de sus textos (antes la crónica, hoy las noticias por segundo) como productos culturales que desvelan un tiempo y un espacio que trascienden al propio periodista y que revelan mucho sobre todos nosotros.

Referências

- ARANTES, A. A. A guerra dos lugares. Mapeando zonas de turbulência. In: ARANTES, A. A. (Org.). *Paisagens paulistas: transformações do espaço público*. Campinas: Ed. da Unicamp, 2000.
- BENJAMIN, W. *Charles Baudelaire: um lírico no auge do capitalismo*. Tradução de José Carlos Martins Barbosa e Hemerson Alves Baptista. 3. ed. São Paulo: Brasiliense, 1994.
- CERTEAU, M. *A invenção do cotidiano*. Artes de fazer. Rio de Janeiro: Vozes, 1994.
- FEATHERSTONE, M. O flâneur, a cidade e a vida pública virtual. In: ARANTES, A. (Org.). *O espaço e a diferença*. Campinas: Papirus, 2000. p. 186-208.
- GLEDSON, J. (edição, introdução e notas). *Bons Dias! crônicas (1888-1889)* Machado de Assis. São Paulo: Hucitec, 1996.
- JOÃO DO RIO. *A alma encantadora das ruas: crônicas*. 5ª reimpressão. São Paulo: Companhia de Bolso, 2011.
- KOTSCHO, R. *A prática da reportagem*. São Paulo: Ática, 1986. (Série Fundamentos.)
- MARTÍN-BARBERO, J. *Dos meios às mediações: comunicação, cultura e hegemonia*. Tradução de Ronald Polito e Sérgio Alcides. Rio de Janeiro: Editora da UFRJ, 2009.
- MATOS, O. C. F. *Os arcanos do inteiramente outro: a Escola de Frankfurt, a melancolia e a revolução*. 1. ed. São Paulo: Brasiliense, 1989.
- PAIVA DE LUCA, H. H. (Org.). *Balas de estalo de Machado de Assis*. São Paulo: Annablume, 1998.
- POE, E. A. *Os melhores contos de Edgar Allan Poe*. São Paulo: Círculo do Livro, s.d.
- PONTE, C. *Para entender as notícias: linhas de análise do discurso jornalístico*. Florianópolis: Insular, 2005.
- SILVA, G. *O sonho da casa no campo: jornalismo e imaginário de leitores urbanos*. Florianópolis: Insular, 2009.
- SIMMEL, G. As grandes cidades e a vida do espírito. *Mana – Estudos de Antropologia Social*, Rio de Janeiro, v. 11, n. 2, p. 577-591, 2005.
- VILAS BOAS, S. *Perfis e como escrevê-los*. São Paulo: Summus, 2003.